

I

Europa contra Europa, 1914-1945: una visión panorámica

En la tarde del 30 de abril de 1945 Adolf Hitler se suicidó en su búnker de la Cancillería del Reich en Berlín, junto con su compañera Eva Braun, con quien se había casado la noche anterior. Veintisiete años antes, el 17 de julio de 1918, el zar de Rusia Nicolás II, la zarina Alejandra Fedorovna y sus cinco hijos fueron asesinados en Ekaterimburgo por un pelotón de ejecución que mandaba Yakov Yurovsky, el jefe de la checa de esa ciudad de los Urales.

Los cadáveres de Hitler y Eva Braun fueron llevados al jardín de la Cancillería por su sirviente Heinz Linge y por tres guardias de las SS, quienes les prendieron fuego tras rociarlos con gasolina. Cuando los soldados soviéticos llegaron allí el 2 de mayo, sólo encontraron cenizas. Los cuerpos de la familia real rusa, enterrados cerca del lugar del asesinato, no fueron encontrados hasta después del derrumbe del régimen soviético, más de siete décadas después.

Adolf Hitler, hijo de un empleado de aduanas austriaco, un hombre sin Estado hasta que consiguió la nacionalidad alemana en 1932, conquistó el poder dirigiendo un partido de masas. Nicolás II, por el contrario, era el zar de una dinastía imperial, los Romanov, que había reinado en Rusia durante los últimos trescientos años y que hasta que fue derrocado, en febrero de 1917, exhibió su opulencia y poder como la encarnación de Dios en la tierra.

Nicolás II y Hitler representaban dos tipos muy diferentes de despotismo: uno, tradicional, que hundía sus raíces en el medievo; el

otro, moderno, destructor. La misma guerra mundial que se llevó por delante a la dinastía Romanov, forjó la carrera política del dirigente nazi. Entre la muerte de ambos personajes, transcurrieron apenas treinta años, un período convulso de revolución, crisis y guerra de exterminio.

EL FIN DEL VIEJO ORDEN

Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial, en el verano de 1914, la nobleza, que parecía a los ojos de muchos una clase en declive, ejercía todavía un notable poder económico y político en Europa. Eso era muy cierto en los grandes imperios del centro y este del continente, donde los nobles ocupaban puestos importantísimos en el ejército y en la burocracia del Estado, pero también en Inglaterra, la tierra de la primera revolución industrial, de fabricantes, banqueros e inversores, que vio cómo la «vieja» nobleza explotaba las nuevas oportunidades económicas que les proporcionaba el avance del capitalismo. Entre 1886 y 1914, casi la mitad de los miembros del consejo de ministros eran aristócratas. Dominaban puestos esenciales en la administración y en las profesiones más cualificadas. Había nobles que se dedicaban al negocio de la cerveza, como los Guinness, de la prensa (Lord Northcliffe) o del linóleo (Lord Ashton). Y compartían, con el resto de las élites políticas, de la administración y de los negocios, la educación en las mejores universidades inglesas, Oxford y Cambridge, y en los mejores colegios privados, especialmente Eton.

La nobleza, en Europa, seguía su expansión. Desde que subió al poder en 1888, hasta su derrocamiento en 1918, el emperador alemán, Guillermo II, creó varios centenares de nuevos nobles. En Rusia, la burocracia imperial era una casta de élite que se encontraba muy por encima del resto de la sociedad y el sistema zarista, como ha mostrado Orlando Figes, «estaba basado en una estricta jerarquía social». Esa élite dominante en Rusia procedía sobre todo de la vieja y rica aristocracia terrateniente, los Strogonov, Dogorukov, Sheremetev, poderosas dinastías que se habían mantenido en la cúspide del Estado ruso desde su gran expansión territorial en el siglo xv.

En Inglaterra, Francia o Alemania, por citar a las naciones más poderosas, una oligarquía de ricos y poderosos, de «buenas familias», de nobles y burgueses conectados a través de matrimonios y consejos de administración de empresas y bancos, mantenía su poder social a través del acceso a la educación y a las instituciones culturales. El mundo de ese momento, de los primeros años del siglo xx, estaba dominado por vastos imperios territoriales, gobernados, excepto en el caso de Francia, donde había surgido una República de la derrota en la guerra con Prusia en 1870, por monarquías hereditarias. En 1919, tras la Gran Guerra de 1914-1918, sólo quedaban los imperios británico y francés. Todos los demás habían desaparecido y con ellos, un amplio ejército de oficiales, soldados, burócratas y terratenientes que los habían sostenido.

Antes de 1914, la democracia y la presencia de una cultura popular cívica, de respeto por la ley y de defensa de los derechos civiles, eran bienes escasos, presentes en algunos países como Francia y Gran Bretaña y ausentes en la mayor parte del resto de Europa. Tampoco los parlamentos gozaban de buena salud en países como Rusia, Italia, Alemania o España, donde, debido a la corrupción, al sufragio restringido y a la intervención de los monarcas en los gobiernos, aparecían ante intelectuales radicales y socialistas como instrumentos de gestión pública al servicio de las clases dominantes.

Muchos ciudadanos europeos tenían restringida la libertad para hablar su idioma o practicar su religión y sufrían notables discriminaciones por el género, la raza o la clase a la que pertenecían. Las mujeres no votaban, con excepciones como la de Finlandia, que les había concedido el voto en 1906, y en raras ocasiones se les permitía poseer propiedades o llevar sus propios negocios. En la mayoría de los países católicos, con España e Italia al frente de ellos, el divorcio estaba prohibido y las mujeres eran también las plebeyas en el mercado de trabajo, en un escenario de desarrollo del capitalismo en el que el estatus estaba cada vez más determinado por la riqueza y la capacidad para acumularla.

Esas instituciones políticas, que excluían a los ciudadanos por su raza, género o condición, resultaron inadecuadas para abordar el impacto del cambio social y económico que había acompañado desde el

último tercio del siglo XIX al surgimiento de las ciudades industriales, a la llegada del ferrocarril, del movimiento obrero y de las ideas socialistas. Desde que se había construido la primera línea de ferrocarril de la historia en 1830, para unir Liverpool con Manchester, el tren se había convertido gradualmente en el principal medio de transporte de materiales e hizo más fácil emigrar de una región a otra. La primera línea de metro había abierto en Londres en 1863 y la de París se inauguró en 1900.

Había diferencias, por supuesto, entre viajar en un vagón de tercera clase o en los compartimentos exclusivos y de lujo del Orient Express, que comenzó a conectar París con Estambul en 1889, pero la construcción de una amplia red de ferrocarriles por toda Europa abrió la posibilidad de viajar y de moverse en busca de un empleo a campesinos y trabajadores urbanos, aunque la emigración intercontinental, que usaba el barco como medio de transporte, alcanzó su apogeo en esa generación anterior a la Primera Guerra Mundial. Unos dieciséis millones de europeos cruzaron el océano Atlántico en los catorce primeros años del siglo XX. Europa tenía en ese momento alrededor de 450 millones de habitantes, de los cuales 120 vivían en Rusia y sesenta en el Imperio alemán.

Estaba emergiendo la «sociedad de masas», de sindicatos y partidos políticos que atraían a amplios sectores de las clases trabajadoras que, con sus organizaciones, movilizaciones, disturbios y huelgas, aparecieron en el escenario público y pidieron insistentemente que no se las excluyera del sistema político. Al mismo tiempo, en esos últimos años de finales del siglo XIX y comienzos del XX, casi todas las potencias europeas habían establecido un período de servicio militar obligatorio, que servía también para disciplinar e instruir a cientos de miles de jóvenes varones en los valores patrióticos, militares y en la obediencia al orden y a la autoridad.

Fue ese orden el que comenzó a desmoronarse cuando Austria declaró la guerra a Serbia el 28 de julio de 1914, después del asesinato en Sarajevo, por nacionalistas serbios, del heredero al trono austriaco, el archiduque Francisco Fernando. La guerra, ideada para garantizar la supervivencia y continuidad de los imperios alemán y austrohúngaro, acabó con su estrepitosa derrota y desaparición cuatro

años después. Por el camino se llevó al Imperio ruso y provocó también la conquista bolchevique del poder, el cambio revolucionario más súbito y amenazante que conoció la historia del siglo xx.

Al final de esa contienda, el mapa político de Europa sufrió una profunda transformación, con el derrumbe de algunos de los grandes imperios y el surgimiento de nuevos países. De esa guerra salieron también el comunismo y el fascismo. Al tiempo que pasó entre el final de esa primera guerra y el comienzo de la segunda, en 1939, lo llamamos período de entreguerras, como si la paz hubiera sido la norma, pero en realidad en esa «crisis de veinte años», como la bautizó el historiador británico Edward H. Carr, hubo algunas guerras pequeñas entre estados europeos, revoluciones y contrarrevoluciones muy violentas y varias guerras civiles.

La caída de los viejos imperios continentales, el austrohúngaro, el alemán y el turco-otomano, fue seguida de la creación de media docena de estados en el centro y este de Europa, basados supuestamente en los principios de la nacionalidad, pero con el problema heredado e irresuelto de minorías nacionales dentro y fuera de sus fronteras. Todos ellos, salvo Checoslovaquia, se enfrentaron a grandes dificultades para encontrar una alternativa estable al derrumbe de ese orden social representado por las monarquías. Las potencias vencedoras en la Gran Guerra decidieron en la paz sellada en Versalles proteger a las minorías y mantenerlas en sus territorios, tratando de evitar su exterminio, como habían intentado hacer los turcos con los armenios en 1915, o su expulsión.

Ese triunfo del nacionalismo, de la ampliación del principio de autodeterminación desde Europa occidental a la central y oriental, una política de fronteras y territorios orientada por el presidente estadounidense Woodrow Wilson, derivó en luchas violentísimas y en el surgimiento de las minorías como problema político contemporáneo. Porque, como señala Mark Mazower, uno de los historiadores mejor acreditados sobre ese tema, «si un Estado derivaba su soberanía del “pueblo” y el “pueblo” es definido como una nación específica, la presencia de otros grupos étnicos dentro de sus fronteras no podía dejar de parecer una afrenta, una amenaza o un desafío a quienes creían en el principio de la autodeterminación nacional».

En los pueblos y ciudades de esos imperios que ahora se resquebrajaban, vivían ciudadanos que hablaban varias lenguas y pertenecían a diferentes religiones y grupos étnicos. Antes de la guerra, Austria-Hungría tenía poco más de cincuenta millones de habitantes, dos Estados, diez naciones históricas y más de veinte grupos étnicos. Los intentos de la monarquía dual de los Habsburgo por casar ese puzzle, que en cierta medida pasaba por reconocer a las minorías dentro de ese imperio multinacional, se fueron al traste con el inicio de la guerra y con la política de todos los imperios que en ella participaron de fomentar el nacionalismo como forma de luchar contra sus adversarios. Después de 1919, la cuestión de las minorías se identificó fundamentalmente como un problema de la Europa del Este, donde residían más de dos tercios de los 35 millones de personas que pertenecían a esos grupos.

Pero la guerra tuvo más consecuencias. Al fin de ese orden autocrático e imperial le sucedió desde el primer momento una época de democracias parlamentarias y constituciones liberales y republicanas. Eso que a algunos les parecía una «aceptación universal de la democracia» duró, sin embargo, muy poco, amenazada por la revolución, los disturbios sociales y el fascismo.

La toma del poder por los bolcheviques en Rusia en octubre de 1917 tuvo, en efecto, importantes repercusiones en el resto de Europa. En 1918 hubo revoluciones abortadas en Austria y Alemania, a las que siguieron varios intentos de insurrecciones obreras. Un antiguo socialdemócrata convertido al bolchevismo, Béla Kun, estableció durante seis meses de 1919 una República soviética en Hungría, echada abajo por los terratenientes y el ejército rumano. Italia, en esos dos primeros años de posguerra, presenció numerosas ocupaciones de tierras y de fábricas.

Esa oleada de revueltas e insurrecciones acabó en todos los casos en derrota, aplastadas por las fuerzas del orden, pero asustó a la burguesía y contribuyó a generar un potente sentimiento contrarrevolucionario que movilizó a las clases conservadoras en defensa de la propiedad, el orden y la religión. El miedo a la revolución y al comunismo redujo también las posibilidades de la democracia y las perspectivas de un compromiso social. La izquierda, por lo tanto, al intentar, aun-

que sin éxito, hacer la revolución o establecer, siguiendo el modelo bolchevique, la «dictadura del proletariado», contribuyó notablemente a bloquear la consolidación de algunas de esas democracias. La derecha tuvo más éxito y, salvo en algunos países en los que necesitó guerras civiles y la utilización sistemática de la violencia política, pudo establecer y consolidar con cierta facilidad y rapidez regímenes autoritarios.

El movimiento contrarrevolucionario, antiliberal y antisocialista se manifestó muy pronto en Italia, durante la profunda crisis posbélica que sacudió a ese país entre 1919 y 1922, se consolidó a través de dictaduras derechistas y militares en varios países europeos y culminó con la subida al poder de Hitler en Alemania en 1933. Una buena parte de esa reacción se organizó en torno al catolicismo, la defensa del orden nacional y de la propiedad. La revolución rusa, el auge del socialismo y los procesos de secularización que acompañaron a la modernización política hicieron más intensa la lucha entre la Iglesia católica y sus adversarios anticlericales de la izquierda política.

La opción dictatorial que triunfó en una buena parte de Europa desde comienzos de los años veinte, con Miklós Horthy en Hungría o Miguel Primo de Rivera en España, recuperó algunas de las estructuras tradicionales de la autoridad presentes en su historia antes de 1914, pero tuvo que hacer frente también a la búsqueda de nuevas formas de organizar la sociedad, la industria y la política. En eso consistió el fascismo dirigido por Benito Mussolini en Italia y a esa solución se aferraron en los años treinta los partidos y fuerzas de la derecha en España para echar abajo la Segunda República.

Tras la Primera Guerra Mundial, la caída de las monarquías, el espectro de la revolución y la extensión de los derechos políticos a las masas hicieron que un sector importante de las clases propietarias percibiera la democracia como la puerta de entrada al gobierno del proletariado y de las clases pobres. Como señala Mazower, el sufragio universal amenazó a los liberales con un papel político marginal frente a los movimientos de la izquierda y a los partidos católicos, nacionalistas y populistas de nuevo cuño. Temerosos del comunismo, se inclinaron hacia soluciones autoritarias, un camino en el que se les unieron «otros tipos de elitistas, los ingenieros sociales, empresarios y

tecnócratas que deseaban soluciones científicas y apolíticas para los males de la sociedad y a quienes impacientaba la inestabilidad y la incompetencia de la gobernación parlamentaria».

Ocurrió además que esos nuevos regímenes parlamentarios y constitucionales se enfrentaron desde el principio a una fragmentación de las lealtades políticas, de tipo nacional, lingüístico, religioso, étnico o de clase, que derivó en un sistema político con muchos partidos y muy débiles. La formación de gobiernos se hizo cada vez más difícil, con coaliciones cambiantes y poco estables. En Alemania ningún partido consiguió una mayoría sólida bajo el sistema de representación proporcional aprobado en la Constitución de Weimar de 1919, pero lo mismo puede decirse de Bulgaria, Austria, Checoslovaquia, Polonia o de España durante la Segunda República. La oposición rara vez aceptaba los resultados electorales y la fe en la política parlamentaria, a prueba en esos años de inestabilidad y conflicto, se resquebrajó y llevó a amplios sectores de esas sociedades a buscar alternativas políticas a la democracia.

Durante un tiempo, sobre todo en los años inmediatamente posteriores a la Segunda Guerra Mundial, analistas e historiadores echaron la culpa de todos esos males, y del estallido de esa guerra en septiembre de 1939, a la fragilidad de la paz sellada en Versalles y a los dirigentes de las democracias que intentaron «apaciguar» a Hitler, en vez de parar su insaciable apetito. El problema empezaba en Alemania, donde amplios e importantes sectores de la población no aceptaron la derrota ni el tratado de paz que la sancionó, y continuaba en otros países como Polonia o Checoslovaquia, que albergaban millones de hablantes de alemán que, con la desintegración del Imperio de los Habsburgo, habían perdido poder político y económico. Como les recordaban los grupos ultranacionalistas, que los movilizaban para conseguir la revisión territorial mediante la negociación o por la fuerza, ahora eran minorías en nuevos Estados dominados por grupos o razas inferiores.

Francia fue la única potencia victoriosa que trató de contener a Alemania en el marco de la paz de Versalles y de asegurar que las restantes potencias vencedoras aprobaran esa política. Pero ninguna de ellas estaba por la labor. Estados Unidos rechazó esos acuerdos y cualquier tipo de compromiso político con las luchas por el poder en

Europa. Italia, sobre todo después de la llegada al poder de Mussolini y los fascistas, quería cambiar también esos acuerdos que no le habían otorgado colonias en África, y marcaba su propia agenda de expansión en el Mediterráneo. La Rusia bolchevique, consolidada tras la guerra civil contra el Ejército Blanco, estaba deshecha económicamente y era poco fiable como aliado político, entre otras cosas porque compartía con Alemania un notable interés sobre el destino de los nuevos países del este de Europa. En cuanto a Gran Bretaña, su interés primordial no estaba en el continente sino en el fortalecimiento de su vasto imperio colonial y en la recuperación del comercio. Francia, por lo tanto, en opinión de la historiadora Ruth Henig, trabajaba para que Alemania cumpliera con los términos del tratado y Gran Bretaña buscaba la conciliación y la revisión de lo que consideraba un acuerdo demasiado injusto para los países vencidos. Esa diferente posición dejó a Gran Bretaña y Francia en constante disputa y a Alemania dispuesta a sacar partido de la división.

Francia y Gran Bretaña gastaron más del doble en ganar la guerra que sus oponentes en perderla y básicamente financiaron ese coste a través de préstamos de inversores estadounidenses. Para afrontar esa enorme deuda, los gobiernos franceses y británicos consumían más de un tercio de sus presupuestos y sus economías se hicieron cada vez más dependientes de Estados Unidos, un proceso que ya había comenzado en plena guerra, cuando se consolidó como la principal potencia económica del mundo.

Pese a todas esas dificultades, a las tensiones sociales y a las divisiones ideológicas, el orden internacional creado por la paz de Versalles sobrevivió una década sin serios incidentes. Todo cambió, sin embargo, con la crisis económica de 1929, el surgimiento de la Unión Soviética como un poder militar e industrial bajo Iósif Stalin y la designación de Adolf Hitler como canciller alemán en enero de 1933. La incapacidad del orden capitalista liberal para evitar el desastre económico hizo crecer el extremismo político, el nacionalismo violento y la hostilidad al sistema parlamentario. Alemania, Japón e Italia compartían ese rechazo de la democracia liberal y del comunismo y ambicionaban un nuevo orden internacional que pusiera el mundo a sus pies.

LA CULTURA DEL ENFRENTAMIENTO

El comunismo y el fascismo se convirtieron primero en alternativas y después en polos de atracción para intelectuales, vehículos para la política de masas, viveros de nuevos líderes que, subiendo de la nada, arrancando desde fuera del *establishment* y del viejo orden monárquico e imperial, propusieron rupturas radicales con el pasado. La mayoría de los dirigentes responsables de los grandes poderes en el estallido de la Primera Guerra Mundial pertenecían a ese mundo exclusivo y elitista, estrechamente vinculado a la cultura aristocrática del Antiguo Régimen, con escasos conocimientos sobre la sociedad industrial y los cambios sociales que estaba provocando.

La Primera Guerra Mundial, que decidió el destino de Europa por la fuerza, tras muchos años, décadas en realidad, de primacía de la política y de la diplomacia, ha sido considerada por muchos historiadores como la auténtica línea divisoria de la historia europea del siglo xx, la ruptura traumática con las políticas entonces dominantes, algo que puede aplicarse perfectamente a la historia de los movimientos sociales y sus dirigentes.

La gente de entonces pensó, tal y como ha puesto de manifiesto Richard Vinen, que esa guerra había inaugurado también «nuevos cortes generacionales». El corte se debió, según el escritor George Orwell, nacido como Eric Arthur Blair en 1903 en la India británica, «directamente a la propia guerra, e indirectamente a la Revolución Rusa». Otro escritor británico, Evelyn Waugh, nacido en el mismo año que Orwell, escribió en su artículo «La guerra y la generación más joven», publicado unos meses antes del *crash* de 1929 en la revista conservadora *Spectator*, que «el desmoronamiento social que siguió a la guerra» dividió a Europa en tres clases «entre las que no podría existir nunca simpatía alguna ...: a) la generación melancólica que creció y se formó antes de la guerra y que era demasiado vieja para hacer el servicio militar; b) la generación a la que se le impidió crecer, mutilada, que combatió; y c) la generación más joven».

El historiador Eric J. Hobsbawm, más joven que Orwell o Waugh, nacido en 1917 en Alejandría, otro lugar del Imperio británico, y que vivía en Berlín cuando Hitler subió al poder, comienza en 1914 su

historia del «siglo xx corto», la «época de extremos» que transcurrió entre esa fecha y el hundimiento de la Unión Soviética en 1991, porque, en su opinión, la Primera Guerra Mundial «marcó el derrumbe de la civilización (occidental) del siglo xix», la civilización capitalista, liberal, burguesa, «brillante por los adelantos alcanzados en el ámbito de la ciencia, el conocimiento y la educación, así como del progreso material y moral».

Hobsbawm transmite la misma opinión que muchos de sus contemporáneos sobre lo que se ha denominado la «época de catástrofes», algo que ya había examinado en caliente el historiador Edward H. Carr, nacido en Londres en 1892, en su libro publicado en 1939 *The Twenty Years' Crisis*. La Primera Guerra Mundial, según estas percepciones, había transformado el orden internacional establecido y había inaugurado un período de inestabilidad política y económica de terribles consecuencias para la población que lo vivió. En la generación ya entrada en edad se instaló una clara nostalgia por ese mundo próspero anterior a la guerra, que ahora estaba en ruinas, como si antes de 1914 todo hubieran sido «buenos tiempos», olvidando las tensiones y rivalidades entre Estados que fueron precisamente las que condujeron a la guerra.

«Las luces se están apagando en Europa», declaró Sir Edward Grey, ministro de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, cuando la guerra estaba a punto de estallar. Grey representaba como nadie a ese mundo que se desvanecía. Descendiente de una notable familia de políticos y aristócratas, estuvo al frente de la política exterior británica desde 1905 hasta 1916, una longevidad gubernamental muy difícil de mantener tras la guerra en las democracias, hasta que llegaron las dictaduras.

Juventud, generación de la guerra y masculinidad fueron elementos importantes de la mitología del fascismo, un movimiento nuevo que lanzaba su rebeldía frente a esa generación caduca, conservadora, socialista o liberal, que había perdido contacto con la realidad, incapaz de reconocer los méritos de todos esos millones de soldados y de excombatientes, mutilados muchos de ellos, que venían del frente de guerra. Benito Mussolini tenía treinta y nueve años cuando la Marcha sobre Roma le llevó a presidir en octubre de 1922 el primer go-

bierno con fascistas de la historia. Unos pocos más, a punto de cumplir cuarenta y cuatro, tenía Adolf Hitler cuando llegó al poder en 1933, pero otros dirigentes fascistas como el británico Oswald Mosley (nacido en 1896), el belga Léon Degrelle (1906) o el español José Antonio Primo de Rivera (1903) eran más jóvenes. A comienzos de la dictadura de Mussolini, casi una cuarta parte de los diputados fascistas tenía menos de treinta años.

Esa «generación del frente», jóvenes radicales que habían luchado en la guerra y se adhirieron a los fascismos para regenerar la política y la patria, gente como Roberto Farinacci (1892), Dino Grandi (1895) o Giuseppe Bottai (1895), dirigió la Italia fascista hasta el final, y aunque envejecieron y burocratizaron el régimen, intentaron siempre, en palabras de Enzo Traverso, «fomentar el mito de la juventud gracias a una vasta red de organizaciones deportivas y estudiantiles tendentes a dar a sus miembros la ilusión de constituir su fuerza dirigente». «La guerra fue nuestra pubertad», escribió en su diario Giuseppe Bottai, parlamentario desde 1921, participante en la Marcha sobre Roma y que como ministro de Educación Nacional, desde 1936 hasta 1943, tuvo un papel destacado en la legislación antisemita de 1938.

El carácter generacional ha sido también subrayado para el nazismo, una «dictadura de la juventud», como la denomina el historiador Götz Aly, uno de los mejores conocedores de la «guerra racial» y del exterminio de los judíos. También hubo allí una «generación del frente», desde Hitler hasta Joseph Paul Goebbels (1897), y sobre todos ellos Hermann Göring (1893), un reputado piloto de combate; y una más joven, la «generación perdida», bien representada por Reinhard Heydrich (1904), Albert Speer (1905) o Adolf Eichmann (1906). En el caso de estos últimos, no se trataba de veteranos de guerra, sino de sus «retoños adolescentes», como les llama Richard Vinen, «víctimas de graves trastornos y traumas» como consecuencia de ella. La mayoría de los cuadros y activistas nazis pertenecía a la generación que había crecido después de la guerra.

Juventud y masculinidad iban unidas en aquel momento. El héroe, el soldado, el que había servido en las trincheras, el militante fascista, era varón, y la mujer permanecía relegada al mundo maternal

y procreador. Francia perdió en la guerra uno de cada diez de sus varones activos y prohibió en 1920 la publicidad y venta de anticonceptivos, a la vez que ilegalizaba el aborto. Ese empeño natalista, que se plasmó en la mayoría de los países que habían sufrido cuantiosas pérdidas humanas en la guerra, sirvió en el caso del fascismo italiano para ensalzar la familia tradicional. «La maternidad constituye el patriotismo de las mujeres», se leía en la propaganda. El de los hombres ya se sabía dónde estaba: en la fuerza, en la virilidad, en la guerra. El 61 por ciento de las *Schutzstaffel* (SS), la organización militar de los nazis, estaban solteros en 1939.

En la guerra se forjaron también los bolcheviques, que comparían muchos rasgos con esa «generación del frente», la de 1914, que estudió hace tiempo Robert Wohl. Y aunque Vladimir Ilich Lenin (1870) tenía cuarenta y siete años cuando llegó a presidir el gobierno de los sóviets en octubre de 1917, otros dirigentes revolucionarios, como Lev Borisovich Kámenev (1883) o Grigori Zinóviev (1883), y sobre todo Nikolái Bujarin (1888), eran bastante más jóvenes. Tampoco Iósif Stalin o León Trotski, que habían nacido en 1879, llegaban a los cuarenta años en el momento de la conquista revolucionaria del poder. En 1919, cuando la guerra civil que siguió a la revolución había reclutado a decenas de miles de activistas para incorporarse al Ejército Rojo, el 50 por ciento de los militantes bolcheviques tenía menos de treinta años. Mijail Tujachevski, uno de los máximos comandantes de ese ejército, tenía veintiún años, mientras que el general Anton Denikin (1872), uno de los principales líderes del movimiento contrarrevolucionario Blanco, estaba a punto de cumplir cincuenta cuando acabó la guerra civil. A la misma generación pertenecía Lavr Kornilov (1870), otro general de largo recorrido en el ejército del zar Nicolás II, protagonista de una conspiración para derrocar al Gobierno provisional de Alexander Kerenski en agosto de 1917, y que murió en abril de 1918 combatiendo a los Rojos.

Amenazantes para el viejo orden eran también los partidos comunistas que se crearon por toda Europa al calor de la revolución bolchevique, dominados por jóvenes que se rebelaron no sólo frente a liberales y conservadores burgueses, sino también contra la socialdemocracia envejecida, según ellos, e incapaz de hacer la revolución

en Occidente. El principal dirigente del Partido Comunista Alemán (KPD) cuando Hitler subió al poder, Ernst Thälmann, había nacido en 1896, y en Italia, Amadeo Bordiorga, primer secretario del Partido Comunista (PCI), tenía treinta y dos años cuando abanderó la escisión del socialismo en 1921. Los partidos comunistas de Francia y Alemania, los dos más importantes de Europa occidental en los años veinte, eran movimientos de jóvenes obreros, mano de obra poco cualificada, que engrosaron las filas del paro a partir de la crisis de 1929. El 80 por ciento de los afiliados al KPD estaban en el paro en 1932, en el momento en que la depresión económica sacudió con más fuerza a Alemania.

La destrucción y los millones de muertos que la Primera Guerra Mundial provocó, los cambios de fronteras, el impacto de la revolución rusa, y los problemas de adaptación de millones de excombatientes, sobre todo en los países vencedores, están en el origen de la violencia y de la cultura del enfrentamiento que se instalaron en muchas de las sociedades de aquel convulso período. Se le llama período de «entreguerras», pero entre 1919 y 1939 hubo varias guerras entre Estados europeos y varias guerras civiles. Los Balcanes llevaban una década de guerras cuando en 1923 Grecia y Turquía acordaron un intercambio obligatorio de población, que marcó el definitivo final del viejo mundo otomano: más de un millón de ortodoxos griegos, ex ciudadanos otomanos, fueron trasladados a Grecia desde Asia Menor, mientras que 380.000 musulmanes abandonaron Grecia en dirección a Turquía. El principio de nacionalidad y las nuevas formas de tratar a las minorías, importantes frentes abiertos con el final de la guerra, no llevaron la paz a esos territorios, en los que la violencia, pese a los tópicos, no fue mayor que en otros lugares de Europa, donde la construcción de los Estados nacionales había ocurrido siglos o décadas antes.

Para británicos y franceses, la guerra terminó en 1918, pero mientras que Gran Bretaña vivió en ese período una relativa estabilidad, aunque con la guerra civil irlandesa como telón de fondo entre 1922 y 1923, en Francia la crisis económica y los conflictos sociales de los años treinta estimularon movimientos extremistas y odios que aparecieron con toda su crudeza tras la invasión del ejército nazi en junio

de 1940. Tampoco la gestión que Gran Bretaña y Francia hicieron de la paz de Versalles mejoró las cosas en otros países. Las reparaciones y la cláusula sobre la «responsabilidad de la guerra» exacerbaron el nacionalismo y el resentimiento en Alemania, que sufrió en los años inmediatamente posteriores a la guerra insurrecciones y conflictos violentos de todas clases.

Mientras que muchos europeos iniciaban otra guerra en septiembre de 1939, los españoles habían acabado la suya unos meses antes, una guerra civil de casi tres años que reforzó las poderosas tendencias maniqueas de la época y que se convirtió muy pronto en internacional, en «cruzada santa», en «la última gran causa». En la guerra civil española combatieron decenas de miles de europeos y también algunos de otros continentes. Fue en realidad una guerra civil europea, con el permiso tácito del gobierno británico y del francés. En el bando franquista lucharon algo más de cien mil: 78.000 italianos, 19.000 alemanes, diez mil portugueses y el más del millar de voluntarios de otros países, sin contar a los setenta mil marroquíes que formaron en las Tropas de Regulares Indígenas. En el bando republicano intervinieron cerca de 35.000 voluntarios en las Brigadas Internacionales y dos mil soviéticos, de los cuales seiscientos eran asesores no combatientes. Frente al mito del peligro comunista y revolucionario, que propagaron como causa de la guerra los militares golpistas de julio de 1936, lo que realmente llegó a España a través de una intervención militar abierta fue el fascismo. Europa no estaba en guerra, y oficialmente había una política unánime de no intervención, pero miles de europeos murieron y desaparecieron en suelo español.

Como ha subrayado Orlando Figes, nadie sabe con certeza el coste humano de la revolución rusa y de lo que siguió después hasta las purgas y eliminación del contrario puestas en marchas por Stalin en los años treinta. Los muertos por la guerra civil, por el terror, el hambre y las enfermedades en aquellos extensos territorios pasaron de diez millones, más que los ocho millones que habían muerto en toda Europa durante la Primera Guerra Mundial, sin contar los dos millones de personas que emigraron y se exiliaron en esos años que en Europa llamamos de entreguerras.

El escritor Maxim Gorki (1868), que pasó de la fe en la revolu-

ción a la desilusión y a la denuncia de tanto sufrimiento, creía que lo que estaba pasando en su tierra iba a destruir por completo la civilización rusa. Se fue de Rusia en el otoño de 1921, y aunque volvió en 1928 como el gran hijo pródigo de Stalin, pronto comenzó a oponerse a ese régimen dictatorial y pasó sus últimos años, hasta su muerte en junio de 1936, en arresto, tras ver cómo su hijo era asesinado, casi con toda seguridad por orden de Stalin, el año anterior. Tras su muerte, fue encontrado su cuaderno de notas en el que comparaba a Stalin con una «pulga monstruosa» que «la propaganda y la hipnosis del miedo han agrandado hasta proporciones increíbles».

De propaganda, miedo y mentiras se inundó Europa en aquellos años. Resulta fácil y tranquilizador atribuir las mentiras y la propaganda a los políticos, especialmente a los dictadores, a Joseph Goebbels y sus manipulaciones, ministro de Propaganda, con mayúscula, del Tercer Reich. Pero la fotografía completa dice más cosas. Dice que muchos intelectuales que se movilizaron para defender a la democracia, al fascismo o al comunismo contribuyeron con su voz y con su pluma a que esas mentiras se las creyera todavía más gente, a que los dogmas llegaran mejor y a que la violencia y el terror de otros fueran siempre más grandes.

La fascinación que provocó entre muchos de ellos el comunismo y sus milagros económicos, en tiempos de crisis de la democracia, les llevó a pasar por alto los campos de concentración y los crímenes estalinistas. Tras el ascenso de Hitler al poder, según ha observado Mark Mazower, todavía se hizo más difícil «una evaluación objetiva de Rusia» y una buena parte de la izquierda occidental se unió, con las políticas de frente popular, en un antifascismo pro soviético. La guerra civil española, con sus persecuciones de anarquistas, trotskistas y militantes del POUM incluidas, fue un excelente espejo de todo ello.

Había quienes hacían desde Europa occidental el viaje a la Unión Soviética y volvían contando maravillas. El historiador George Rudé, despreocupado hasta ese momento por la política, estuvo allí seis semanas en 1932 y regresó convertido al comunismo y al antifascismo. Otro británico, el editor Victor Gollancz, le manifestó en 1937 al escritor N.H. Brailsford que el apoyo a la Unión Soviética, «como única esperanza de evitar la guerra», era «de una importancia

tan abrumadora que no debería decirse nada que pueda ser citado por el otro bando».

La crítica a los parlamentos y a la democracia, por otro lado, ganó terreno tras los desastres de la guerra y el miedo a la revolución y al comunismo que llegaban desde Rusia y transmitían sus exiliados más notables entre las clases acomodadas de las ciudades europeas. Algunos de los que se convirtieron en políticos destacados de la extrema derecha y del fascismo habían pasado por las trincheras, como el húngaro Ferenc Szálasi, fundador del movimiento de la Cruz Flechada, y vieron en la democracia la representación de la Europa burguesa y decadente, que abría las puertas al socialismo, al voto de las mujeres y al reconocimiento de las minorías nacionales. La cultura del enfrentamiento se abrió paso en medio de una falta de apoyo popular a la democracia. Los extremos dominaban al centro y la violencia a la razón.

Existen también otras formas de reflejar aquella Europa, o parte de ella, antes de que la Segunda Guerra Mundial y la catástrofe de los campos de exterminio se apoderaran del paisaje y de la memoria de quienes transitaron por él. Está, por supuesto, la República de Weimar, cuya tan atormentada vida política y económica no impide que al pensar en ella nos venga a la mente la modernidad en el arte, en la literatura y en el pensamiento, o los nombres de Albert Einstein, Thomas Mann, Bertolt Brecht, George Grosz, Max Beckmann y los artistas de la *Bauhaus*, una auténtica «edad de oro» de la cultura alemana destruida por la conquista del poder de Hitler y los nazis. «Puesta en contraste con su historia cultural» —observó hace ya cuatro décadas Peter Gay—, «la historia política de la República de Weimar es un asunto deprimente, pero es El Dorado comparada con lo que siguió, una historia de degradación, corrupción, la supresión de todas las fuerzas culturales vivas, mentiras sistemáticas, intimidación, asesinato político, seguido del crimen en masa organizado.» La muerte de Weimar, así las cosas, significó «el nacimiento de una edad negra».

El mismo argumento puede utilizarse para la Segunda República española, que tuvo un comienzo bastante menos traumático que la de Weimar, que al fin y al cabo salió de la derrota de una guerra entre imperios, y acabó echada abajo por una sublevación militar y una

guerra civil. España comenzó los años treinta con una República y acabó la década sumida en una dictadura derechista y autoritaria. Bastaron tres años de guerra para que la sociedad española padeciera una oleada de violencia y de desprecio por la vida del otro sin precedentes. Por mucho que se hable de la violencia que precedió a la guerra civil, para tratar de justificar su estallido, está claro que en la historia del siglo xx español hubo un antes y un después del golpe de Estado de julio de 1936. Además, tras el final de la guerra civil en 1939, durante al menos dos décadas no hubo ninguna reconstrucción positiva, tal y como ocurrió en los países de Europa occidental después de 1945.

Esas dos repúblicas y las democracias más avanzadas en Gran Bretaña, Francia o los países nórdicos abrieron importantes caminos en el progresivo aumento del bienestar social patrocinado por el Estado. Aquella Europa que salió de una guerra conoció también, antes de la debacle de 1939, grandes cambios en el consumo de masas, en el desarrollo del automóvil, de la radio, del teléfono, del cine y de la prensa y publicidad. William Faulkner llamó a la década de los veinte «esta era del saxofón y el vuelo», pensando más en Estados Unidos que en Europa, pero es una expresión que capta la energía y rapidez con la que se movían los tiempos, «el sonido y la velocidad». Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, los ciudadanos se enteraron por los periódicos. Veinte años después, en la segunda de las catástrofes que marcaron la primera mitad del siglo xx, los ciudadanos de los mismos países seguían a sus líderes y partes de guerra, propaganda y mentiras, por la radio y los noticiarios que se proyectaban en los cines. La historia y las comunicaciones se aceleraban a un ritmo frenético.

Y frenético fue el ritmo de tensiones internacionales que corrió por Europa entre las democracias liberales, el comunismo y el fascismo a partir de la subida al poder de Hitler en Alemania en enero de 1933. Aunque la nacionalsocialista fue la más extrema y radical de todas esas reacciones a la crisis de la democracia y al triunfo del comunismo en Rusia, la sangrienta confrontación entre Alemania y la Unión Soviética no debería eclipsar, aunque lo ha hecho a menudo, todos los restantes, diversos y variados focos del conflicto que conoció

Europa durante esas tres décadas. El combate entre el fascismo y el comunismo, entre la dictadura de Hitler y la de Stalin, no puede ser, por lo tanto, el único eje de lo que se ha llamado «guerra civil europea».

HACIA LA GUERRA TOTAL

Las políticas de rearme emprendidas por los principales países europeos desde la década de los años treinta crearon un clima de incertidumbre y crisis que redujo la seguridad internacional. La Unión Soviética inició un programa masivo de modernización militar e industrial que la colocaría a la cabeza del poder militar durante las siguientes décadas. Por las mismas fechas, los nazis, con Hitler al frente, se comprometieron a echar abajo los acuerdos de Versalles y devolver a Alemania su dominio. Como consecuencia de ello, ambos países crearon, en palabras de Richard Overly, «algo que se aproximaba a una economía de guerra en tiempos de paz». En 1913, la Rusia zarista dedicaba el 4,8 por ciento del producto nacional al gasto militar y Alemania un 3 por ciento; en 1939, las cifras eran del 17 y 29 por ciento, respectivamente. Las inversiones en el sector de defensa en Alemania y en la Unión Soviética representaban en 1938 más de un quinto de todas las inversiones industriales. Por esas fechas, las dos dictaduras habían elegido las armas antes que la mantequilla, siguiendo la distinción propuesta en 1935 por Hermann Göring, ya entonces comandante supremo de la fuerza aérea y responsable del rearme: «El mineral ha hecho siempre fuerte a un Estado, la mantequilla y la margarina, a lo sumo, hacen gorda a la gente».

La Italia de Mussolini siguió el mismo camino y su economía estuvo supeditada cada vez más a la preparación de la guerra. Francia y Gran Bretaña comenzaron el rearme en 1934 y lo aceleraron desde 1936, aunque Alemania y la Unión Soviética gastaron en esos años en defensa tres veces más que las democracias europeas o Estados Unidos. El comercio de armas se duplicó desde 1932 hasta 1937. Las estadísticas alemanas revelaban que el gasto en armas en 1934 se había disparado y que el porcentaje del presupuesto alemán dedica-

do al ejército pasó, en los dos primeros años de Hitler en el poder, del 10 al 21 por ciento. Según Overy, «el sentimiento popular antibélico de los años veinte dio paso gradualmente al reconocimiento de que una gran guerra era de nuevo muy posible».

Importantes eslabones en esa escalada a una nueva guerra mundial fueron la conquista japonesa de Manchuria en septiembre de 1931, la invasión italiana de Abisinia en octubre de 1935 y la intervención de las potencias fascistas y de la Unión Soviética en la guerra civil española. Pero lo que realmente cambió el escenario de la política internacional fue la llegada de Hitler al poder. El tradicional militarismo prusiano fue aderezado con doctrinas fascistas todavía más agresivas y el resultado fue explosivo.

El Tratado de Versalles, firmado en junio de 1919, había impuesto notables restricciones al poderío militar alemán. Su amplio y numeroso ejército fue reducido a una fuerza de policía de cien mil hombres, que deberían permanecer largo tiempo en el servicio para que no pudieran ser entrenados muchos más; las academias militares fueron cerradas y el alto mando del ejército fue dispersado y sólo se le permitió tener un número limitado de armas de defensa. Las potencias vencedoras mantuvieron inspectores en suelo alemán hasta 1930 para que los términos del tratado se cumplieran y todo parecía indicar por esas fechas, antes de la llegada de Hitler al poder, que Alemania era, en efecto, un país desarmado.

La rapidez con la que Hitler aupó a Alemania desde esa posición de debilidad a una superpotencia militar fue extraordinaria, pero contó con la permisividad absoluta de las potencias democráticas. En apenas tres años, de 1935 a 1938, Hitler subvirtió el orden internacional que, pactado por los vencedores de la Primera Guerra Mundial, había intentado prevenir que Alemania se convirtiera de nuevo en una amenaza para la paz en Europa. En 1935, la región del Sarre, el antiguo estado alemán de ese nombre, fronterizo con Francia y Luxemburgo, bajo control de la Liga de las Naciones desde el Tratado de Versalles, volvía a ser alemana después de que la mayoría de la población, el 90 por ciento, así lo decidiera en un plebiscito. En marzo de 1936, Hitler ordenó a las tropas alemanas reocupar Renania, una zona desmilitarizada desde 1919, y exactamente dos años des-

pués, el ejército nazi entraba en Viena, inaugurando el *Anschluss*, la unión de Austria y Alemania.

La Liga de Naciones, la organización internacional creada en París en 1919 para vigilar la seguridad colectiva, la resolución de las disputas y el desarme, fue incapaz de prevenir y castigar esas agresiones, mientras que los gobernantes británicos y franceses pusieron en marcha la llamada «política de apaciguamiento», consistente en evitar una nueva guerra a costa de aceptar las demandas revisionistas de las dictaduras fascistas, siempre y cuando no se pusieran en peligro los intereses de Francia y Gran Bretaña. A Neville Chamberlain, nacido en 1869, primer ministro británico desde 1937 hasta 1940, le llovieron después todo tipo de críticas como máximo artífice de esa política, pero lo que hacía Chamberlain en realidad era satisfacer lo que muchos, políticos y grandes hombres de negocios, buscaban entonces en su país: mantener las posesiones imperiales de Gran Bretaña sin necesidad de comprometerse en la política continental europea. En Francia, por otro lado, la memoria viva de la devastación física y humana causada por la Primera Guerra Mundial, estimulaba todavía, en los años 1936-1938, políticas de defensa y disuasión. Además, sin la garantía del apoyo militar por parte de Gran Bretaña, tampoco Francia estaba preparada para desafiar ella sola a Hitler.

Hitler percibió esa actitud de las democracias como un claro signo de debilidad y, tal y como ha mostrado la historiadora Ruth Henig, siempre prefirió lograr sus objetivos con acciones militares unilaterales, modestas al principio y no demasiado amenazantes, que enzarzarse en discusiones diplomáticas multilaterales. Mientras Gran Bretaña y Francia se mantuvieran militarmente débiles, Alemania tenía que aprovechar para adquirir «espacio vital» en el este de Europa.

La debilidad de las democracias llegó a su punto más alto el 29 de septiembre de 1938, cuando los jefes de gobierno de Gran Bretaña y Francia, Neville Chamberlain y Édouard Daladier, y los dictadores de Alemania e Italia se reunieron en Munich para decidir el destino de Checoslovaquia, donde tres millones de alemanes vivían en las áreas fronterizas de los Sudetes, y buscar una alternativa a los planes de invasión y conquista militar puestos en marcha unos meses antes por

Adolf Hitler. Tras más de trece horas de negociaciones, Neville Chamberlain y Édouard Daladier aceptaron las propuestas de Hitler, que Benito Mussolini expuso como si fueran suyas. Checoslovaquia entregaría los territorios de los Sudetes a Alemania, que incluían importantes centros industriales y de comunicación, y los alemanes a cambio se comprometían a no atacar al resto del Estado checo y mantener la paz en el futuro.

El sacrificio de Checoslovaquia, sin embargo, tampoco frenó las ambiciones expansionistas nazis y Hitler interpretó que Gran Bretaña y Francia le habían dado luz verde para extender su conquista por el este. Cuando no había pasado ni un mes desde el acuerdo de Múnich, Hitler ordenó a sus fuerzas armadas que se prepararan para la «liquidación pacífica» de lo que quedaba de Checoslovaquia. A mediados de marzo de 1939, las tropas alemanas entraban en Praga y Hitler planeó lanzar una guerra de castigo contra Polonia por no querer negociar el retorno a Alemania del puerto báltico de Danzig. Sólo la Unión Soviética, con fuertes intereses en esa zona, podía oponerse, y para que eso no ocurriera, Hitler firmó con Stalin el 23 de agosto un pacto de no agresión, de absoluta conveniencia, entre enemigos ideológicos. Unos días después, la invasión de Polonia convenció a las potencias democráticas que la colisión era preferible al derrumbe definitivo de la seguridad europea.

En la mañana del 1 de septiembre de 1939 el ejército alemán invadió Polonia y el 3 de septiembre Gran Bretaña y Francia declaraban la guerra a Alemania. Veinte años después de la firma de los tratados de paz que dieron por concluida la Primera Guerra Mundial, comenzó otra guerra destinada a resolver todas las tensiones que el comunismo, los fascismos y las democracias habían generado en los años anteriores. El estallido de la guerra en 1939 puso fin a esa «crisis de veinte años» e hizo realidad los peores augurios. En 1941, la guerra europea se convirtió en mundial con la invasión alemana de Rusia y el ataque japonés a la armada estadounidense en Pearl Harbor. El catálogo de destrucción humana que resultó de ese largo conflicto de seis años nunca se había visto en la historia.

La crisis del orden social, de la economía, del sistema internacional, se iba a resolver mediante las armas, en una guerra total comba-

tida por poblaciones enteras, sin barreras entre soldados y civiles, que puso la ciencia y la industria al servicio de la eliminación del contrario. Un grupo de criminales que consideraba la guerra como una opción aceptable en política exterior se hizo con el poder y puso contra las cuerdas a políticos parlamentarios educados en el diálogo y la negociación. Las dictaduras que emergieron en Europa en los años treinta, en Alemania, Austria o España, tuvieron que enfrentarse a movimientos de oposición de masas y para controlarlos necesitaron poner en marcha nuevos instrumentos de terror. Ya no bastaba con la prohibición de partidos políticos, la censura o la negación de los derechos individuales. Y la brutal realidad que salió de sus decisiones fueron los asesinatos, la tortura y los campos de concentración. Hitler provocó la guerra, pero ésta fue también posible por la incapacidad de los gobernantes demócratas para comprender la violencia desatada por el nacionalismo moderno y el conflicto ideológico.

Los datos que muestran el retroceso democrático y el camino hacia la dictadura resultan concluyentes. En 1920, de los veintiocho Estados europeos, todos menos dos (la Rusia bolchevique y la Hungría del dictador derechista Miklós Horthy) podían clasificarse como democracias (con sistemas parlamentarios y gobiernos elegidos, presencia de partidos políticos y mínimas garantías de derechos individuales) o sistemas parlamentarios restringidos. A comienzos de 1939, más de la mitad, incluida España, habían sucumbido ante dictadores con poderes absolutos. Siete de las democracias que quedaban fueron desmanteladas entre 1939 y 1940, tras ser invadidas por el ejército alemán e incorporadas al nuevo orden nazi, con Francia, Holanda o Bélgica como ejemplos más significativos. A finales de 1940, sólo seis democracias permanecían intactas: el Reino Unido, Irlanda, Suecia, Finlandia, Islandia y Suiza.

La creación de sistemas de partido único, donde ya no cabía la lucha parlamentaria, llevó a la exaltación del líder. En Alemania, el «mito del *Führer*» configuró la imagen de Hitler como un hombre destinado a superar las debilidades del sistema democrático. Stalin fue festejado por la propaganda de los años treinta como el salvador de la revolución de Lenin. En España, ya en plena guerra civil, obispos, sacerdotes y religiosos comenzaron a tratar a Franco como un enviado

de Dios para poner orden en la «ciudad terrenal». Franco manejó magistralmente ese culto a su persona y trató de demostrar, como Hitler también lo había hecho, que él estaba más allá de los conflictos cotidianos y muy alejado de los aspectos más «impopulares» de su dictadura, empezando por el terror. El culto a esos líderes fue aceptado por una parte importante de la población, que veía en ellos seguridad frente al desorden y el acoso del enemigo. Sus «proyectos utópicos fundamentales —construcción del socialismo en un solo país, una *Volksgemeinschaft* germana o una Italia imperial— proyectaban —como ha observado Mark Mazower— imágenes positivas de una nación nueva e integrada» y tuvieron amplios apoyos populares.

En definitiva, dos guerras mundiales y una «crisis de veinte años» en medio marcaron la historia de Europa del siglo xx. Naturalmente, no fue Europa un territorio libre de violencia antes de 1914 o después de 1945. Ocurre, sin embargo, que los hechos que convierten a ese período en excepcional han dejado múltiples huellas inconfundibles. El total de muertos ocasionados por esas guerras, internacionales o civiles, revoluciones y contrarrevoluciones, y por las diferentes manifestaciones del terror estatal, superó los ochenta millones de personas. Cientos de miles más fueron desplazados o huyeron de país en país, planteando graves problemas económicos, políticos y de seguridad. En los casos más extremos de esa violencia hubo que inventar hasta un nuevo vocabulario para reflejarla. Por ejemplo, el genocidio, un término ya inextricablemente unido al exterminio de los judíos en los últimos años de supremacía nazi.

Como señala Richard Vinen, lo más sorprendente de ese período «es el sinfín de motivos que descubrieron los europeos para odiarse mutuamente». De la historia de esos odios, de sus causas y consecuencias, y de sus principales instigadores, trata este libro.